

Miguel Arteche

Soliloquio de la enamorada en la noche



PERO ayer no fué el tiempo, tu tiempo
[comenzaba
detrás de la oscuridad, en las doradas
tumbas de algún otoño. Pasé yo junto a ti
y te miraba. Era nuestro tiempo, el tiempo del amor.

¿Fué ayer? Tu ayer recorre
mis pechos; las calles en que no estás
se han tornado vacías, la alegría furiosa
estalla en el pavimento
y estallan las extrañas flores de los rostros
recibiendo los chorros de luz gloriosa.
Sólo la oscura tierra permanece en la noche
y el momento de la juventud es inmortal bajo la
[cólera de la vieja primavera
Pero la juventud se extingue entre mis manos.
Tu risa es tu callar y tu callar es tu muerte;
tiemblo al recordarte (escucho siempre tus palabras),

temblaba cuando dejaste abandonada tu mano sobre
[mi vientre
porque me sentía herida y eran tus palabras
las que me penetraban. Y era el tiempo, el tiempo
[del amor.

Ay, el tiempo del amor está muerto, está perdido,
y no tengo tierra que me haga renacer y no tengo
[raíz que hacia arriba me restituya,
y no puedo despedirme
porque la despedida fué ayer y ayer no puede estar
[entre estas cuatro paredes.

Ay, el tiempo del amor derrotado,
el minuto del viento que pregunta,
mi femenina muerte que indaga detrás de mis huesos,
fluyen en mí, fluyen en mi cuerpo como los ríos pri-
[maverales
y estoy sentada, en la noche, escuchando el regreso
[en mi memoria
mientras el ciclo arde desde que amanece
y la gloria de abril aúlla afuera.

Todo era hermoso en ese tiempo. Me donabas
más tristeza que alegría.

Estabas siempre partiendo de ti mismo
y yo partía de ti para encontrarme.

Si te inclinabas sobre mí el agua del amor me volaba
[los ojos,

mis pechos buscaban ciegamente donde morir entre
[tus dedos,
temblaba, me hacía esquivada para tu boca enterradora.
Si te inclinabas te conocía toda,
era como si mi vientre se juntara con el tuyo dentro
[del vientre de tu madre
—los dos muy pequeñitos—;
y te conocía después de muerto y antes de nacer, al
[mismo tiempo;
temblaba mi mejilla porque no la besabas
y yo no hacía sino quemarme interminablemente,
quemar el aire de la noche en las campanas de abril
y mirando todo el mundo deshecho
pasar ante mis ojos nublados,
viendo llamas, sollozando por tu muerte,
asesinando venas no sé de qué manera,
tú entrabas en mi muerte, mudo, y la penetrabas.
Entonces encontrábamos que uno de nosotros estaba
[lejos.

Entonces: cuando te inclinabas sobre mi cuerpo
y cuando mi cuerpo era tu agricultura poderosa.

¿Es él el que regresa preguntando cuánto ha durado
[el tiempo y cuántos siglos esperó?
Yace en otro país y otro tiempo late para él, otro
[tiempo distinto al mío,
duerme mientras yo camino y converso con otras per-
[sonas,

está alegre, triste, solitario, acompañado, silencioso o
[el insomnio se alimenta de sus ojeras,
y yo no puedo estar en ninguna de esas cosas
porque sólo espero el regreso de mi pequeño,
y no es él el que vuelve sino la lluvia que amenaza
[la capital desde el norte
y los millones de miradas a quienes estremece el
[repentino otoño que ha llegado.

Mi cuerpo se fué tras la espuma del barco
y en las intensas y largas horas marinas del crepúsculo
me hacía tus preguntas y quedabas tú palpitando en
[la tierra espermática y lejana.
Volvían todos aquellos minutos pasados frente a
[nuestros ojos:
el monótono deslizarse del tren entre los olivos y las
[súbitas apariciones de las casas enjalbegadas,
los mediodías junto al mar,
la tarde sobre el entierro verde del peregrino,
una puerta que bate el viento de la noche veneciana,
la nostalgia de los cuerpos húmedos el día en que te
[conocí
y la noche gloriosa, inmarcesible, en que nos sumer-
[gimos dentro de nuestros cuerpos
besando, olvidando, cantando, muriendo de no sé qué,
atenazando no sé qué carnales cosas dichas,
muerta y renacida yo en la noche
entre tus largos brazos que crecían y atravesaban el
[tiempo.

¿Quién llama, amor mío, desde las torres de los edi-
ficios orgullosos,
eres tú el que pregunta en el silencio de la noche?
Los pasos se alejan por la calle y los muros preñados
[de siglos,
y no eres tú el que regresa,
porque sólo se tienden sobre mi rostro desierto todas
[las insignias del amor derrotado
y nada queda en mi corazón sino los ecos que repiten
[largamente las campanas de la oscuridad.

Madrid, septiembre de 1952.